

y los veintisiete mil francos para el del verano en Normandía. Si este gran señor permanecía aún soltero, era más bien que culpa de él, de su tía, la cual no conocía las fábulas de La Fontaine. La señorita de Herouville tuvo para su sobrino pretensiones enormes, en desacuerdo con el espíritu del siglo, pues los grandes nombres sin dinero no podían encontrar ricas herederas en la alta nobleza francesa, bastante embrazada ya con tener que enriquecer á sus hijos arruinados con la partición por igual de los bienes. Para casar ventajosamente al joven duque de Herouville, hubiera sido preciso frecuentar las grandes casas de banca, y la altiva hija de los Herouville las hirió á todas con frases sangrientas. Durante los primeros años de la Restauración, de 1817 á 1825, la señorita de Herouville, buscando siempre millones, rechazó á la señorita Mongenod, hija del banquero de dicho nombre, con la que se contentó el señor de Fontaine. Finalmente, después de haber dejado escapar hermosas ocasiones por su culpa, encontraba la fortuna de los Nucingen, demasiado indecentemente hecha para prestarse á la ambición de la señora de Nucingen, que quería hacer de su hija una duquesa. El rey, deseoso de dar á la casa de Herouville su antiguo esplendor, había arreglado casi este matrimonio, y tachó públicamente de loca á la señorita de Herouville. La tía ridiculizaba así á su sobrino, y él se prestaba al ridículo. En efecto, cuando las grandes cosas humanas se van, dejan migajas y *degradaciones*, como diría Rabelais, y la nobleza francesa nos ha dejado demasiados restos. Ciertamente que en esta larga historia de las costumbres, ni el clero ni la nobleza tienen de qué quejarse. Estas dos grandes y magníficas necesidades sociales están bien representadas en ella; pero ¿no sería renunciar al hermoso título de historiador el hecho de no ser imparcial y de no mostrar aquí la degeneración de la raza, como se hace al describir la figura del emigrado en el conde de Mortsaui

(véase *El Lirio en el valle*), y todas las noblezas de la nobleza en el marqués de Espard? (Véase *La Interdicción*). ¿Cómo la raza de los fuertes y de los valientes, como la casa de esos fieros de Herouville, que dieron el famoso mariscal de dicho nombre al reino, cardenales á la Iglesia, capitanes á los Valois, guerreros á Luis XIV, terminaba en un ser frágil y más pequeño que Butscha? Esta es una pregunta que puede uno hacerse en más de un salón de París, al oír anunciar un gran nombre de Francia y viendo entrar á un homrecito, delicado, delgado, que parece no tener más que el aliento, ó á un prematuro anciano, ó á alguna creación rara en la que el observador busca con mucha pena un rasgo donde la imaginación pueda encontrar los signos de una antigua grandeza. Las disipaciones del reinado de Luis XV, las orgías de aquel tiempo egóista y funesto, han producido la generación enervada en la que sólo sobreviven las maneras y las grandes cualidades desaparecidas. Las formas, eso es lo que conservan los nobles por toda herencia. De modo que, hechas algunas excepciones, puede uno explicarse el abandono en que pereció Luis XVI por la circunstancia de haber alcanzado aún restos del reinado de la señora de Pompadour.

Rubio, pálido y delgado, el gran escudero, joven de ojos azules, no carecía de cierta dignidad en el pensamiento; pero su corta talla y las faltas de su tía, que lo había conducido á hacer la corte en vano á los Vilquín, le comunicaban una excesiva timidez. La familia de Herouville ya había estado, en otra ocasión, á punto de perecer por causa de un aborto (véase *El Hijo maldito*, ESTUDIOS FILOSÓFICOS). El gran mariscal (pues llamaban así en la familia á aquel que Luis XIII había hecho duque), se había casado á los ochenta y dos años, y, naturalmente, la familia continuó. Empero, el joven duque amaba á las mujeres; mas las ponía á demasiada altura, las respetaba demasiado, las adoraba, y no estaba á gusto más que

con aquellas á quienes no se respeta. Este carácter le había conducido á llevar una vida por partida doble. Tomaba la revancha con las mujeres fáciles de las adoraciones á las cuales se entregaba en los salones, ó, si ustedes quieren, en los gabinetitos del arrabal de Saint-Germain. Estas costumbres y su corta talla, su enclenque figura, sus ojos azules en éxtasis, hablan aumentado muy injustamente, por otra parte, el ridículo derramado sobre su figura, pues estaba lleno de delicadeza y de ingenio; pero su ingenio sin chisporroteo no se manifestaba más que cuando se encontraba á sus anchas. Así que Fanny-Beaupré, la actriz que pasaba por ser su mejor amiga á precio de oro, decía de él:

—¡Es un buen vino, pero tan bien encorchado, que se rompen los sacacorchos!

La hermosa duquesa de Maufrigneuse, á la que el gran escudero no podía menos que adorar, lo anonadó con una frase que, desgraciadamente, se repitió como todas las maledicencias chistosas.

—Me hace el efecto—dijo—de una joya finamente trabajada que se muestra mucho más que se sirve uno de ella, y que permanece en algodón.

Hasta el nombre del cargo de gran escudero hizo reír, por el contraste, á Carlos X, aunque el duque de Herouville era un excelente jinete. Los hombres son como los libros; muchas veces son apreciados demasiado tarde. Modesta había visto al duque de Herouville durante la permanencia infructuosa de éste en casa de los Vilquin, y, al verle pasar, todas estas reflexiones le acudieron casi involuntariamente á la imaginación. Pero en las circunstancias en que ella se encontraba, comprendió lo importante que le era la pretensión del duque de Herouville para no estar á merced de ningún Canalis.

—No veo por qué no ha de ser admitido el duque de Herouville—dijo ella á Latournelle.—Paso, á pesar de nuestra indigencia—repuso mirando á su padre con

malicia,—al estado de heredera... ¿No han notado ustedes como han cambiado las miradas de Gobenheim desde hace una semana? Está desesperado por haber perdido el tiempo jugando al whist en lugar de haberlo empleado de otro modo que le hubiera servido hoy para afiliarse al número de mis pretendientes.

—Chitón, querida mía—dijo la señora Latournelle,—aquí viene.

—El padre Althor está desesperado—dijo Gobenheim al entrar al señor Miñón.

—Y ¿por qué?...—preguntó el conde de La Bastie.

—Según dicen, Vilquin va á quebrar, y la Bolsa le cree á usted dueño de varios millones.

—Nadie sabe—replicó Carlos Miñón secamente,—cuáles son mis obligaciones en las Indias, y no me tomo el trabajo de poner al público al corriente de mis negocios. Dumay—dijo á su amigo al oído,—si Vilquin está apurado, podremos entrar en posesión de mis antiguas propiedades dándole al contado el precio que él me dió por ellas.

Tales fueron los preparativos, debidos á la casualidad, en medio de los cuales llegaron Canalis y La Briere el domingo por la mañana, precedidos de un correo, al pabellón de la señora Amaury. Se supo que el duque de Herouville, su tía y su hermana debían llegar el martes, bajo pretexto de salud, á una casa alquilada en Graville.

—Si esto continúa así, va á convertirse Ingouville en un hospital—dijo la mayor de las señoritas Vilquin, desesperada de no poder ser duquesa.

La eterna comedia de *La Heredera*, que debía representarse en el *Chalet*, en las disposiciones en que se encontraba Modesta, y después de su burla, podía llamarse *el programa de una soltera*, pues estaba decididísima, una vez perdidas sus ilusiones, á no dar su mano más que al hombre cuyas cualidades le satisficieran plenamente.

Al día siguiente de su llegada, los dos rivales, todavía amigos íntimos, se prepararon para hacer su entrada, por la noche, en el *Chalet*. Habían empleado todo el domingo y la mañana del lunes en desembarcarlo todo, en posesionarse del pabellón de la señora Amaury y en las disposiciones que exige un mes de permanencia. Por otra parte, autorizado por su estado de aprendiz de ministro á permitirse muchas truhanadas, el poeta lo calculaba todo; quiso, pues, aprovecharse del ruido que metería en el Havre su llegada, y del que resonarían necesariamente algunos ecos en el *Chalet*. Pretextando cansancio, Canalis no salió. La Briere fué dos veces á pasearse por delante del *Chalet*, pues amaba con una especie de desesperación, temía profundamente haber desagradado, y su porvenir le parecía cubierto de densas nubes. Los dos amigos se pusieron á comer, el lunes, vestidos ya para la primera visita, la más importante de todas. La Briere se vistió como estaba el famoso domingo en la iglesia; pero se consideraba el satélite de un astro, y se abandonaba á los azares de su situación. Canalis no había descuidado el vestido negro, ni sus órdenes, ni aquella elegancia de salón, perfeccionada desde que se relacionaba con la duquesa de Chaulieu, su protectora, y con la más distinguida sociedad del arrabal Saint-Germain. Canalis había observado todas las nimiedades del *dandynismo*, mientras que el pobre La Briere iba á mostrarse con la negligencia del hombre sin esperanza. Al servir á sus dos amos la comida, Germán no pudo menos de sonreír viendo este contraste. Al segundo plato, entró con un aire bastante diplomático, ó, mejor dicho, inquieto, y dijo á Canalis á media voz:

—Señor barón, ¿sabe usted que el gran escudero viene á Graville á curarse de la misma enfermedad que padecen usted y el señor de La Briere?

—¿El duquecito de Herouville?—exclamó Canalis.

—Sí, señor.

—¿Viene acaso por la señorita de La Bastie?—preguntó La Briere enrojando.

—Por la señorita Miñón—respondió Germán.

—¡Estamos burlados!—exclamó Canalis mirando á La Briere.

—¡Ah!—replicó vivamente Ernesto,—esta es la primera vez que dices *estamos* desde nuestra partida. ¡Hasta ahora siempre decías *yo!*

—Tú me conoces—respondió Melchor soltando una carcajada.—Pero no estamos en el caso de luchar con una testa coronada, contra el título de duque y par, ni contra la huerta que el consejo de Estado acaba de conceder, bajo mi dictamen, á la casa de Herouville.

—Su Señoría—dijo La Briere con una malicia llena de seriedad—te ofrece una pequeña indemnización en la persona de su hermana.

En este momento anunciaron al señor conde de La Bastie. Los dos jóvenes se levantaron al oírlo, y La Briere se adelantó hacia él para presentarle á Canalis.

—Le debía la visita que me hizo usted en París—dijo Carlos Miñón al refrendario,—y sabía, al venir aquí, que tendría el doble placer de ver á uno de nuestros más grandes poetas actuales.

—¿Grande?... Señor—respondió el poeta sonriendo,—no puede haber nada grande en un siglo al que Napoleón sirve de prefacio. ¡Al principio somos una tribu de titulados grandes poetas!... Después, los talentos secundarios representan tan bien el genio, que han hecho toda gran ilustración imposible.

—¿Es esa la razón que le lleva á usted á la política?—preguntó el conde de La Bastie.

—Lo mismo sucede en esa estera—dijo el poeta.—Ya no habrá nunca grandes hombres de Estado, y si únicamente hombres que se identifican más ó menos con los acontecimientos. Mire usted, señor; bajo el régimen que nos ha dado el Código constitucional, que confunde la cuota de contribuciones con una so-

brevesta, no hay nada más sólido que lo que usted ha ido á buscar á la China, ¡la fortuna!

Satisfecho de sí mismo y contento de la impresión que causaba á su futuro suegro, Melchor se volvió hacia Germán, y le dijo invitando al conde de La Bastie á dejar el comedor:

—Servirá usted el café en el salón.

—Le doy á usted las gracias, señor conde—dijo entonces La Briere,—por haberme salvado del embarazo en que estaba para introducir á mi amigo en su casa de usted. Además de mucha alma, tiene usted gran talento...

—¡Bah! el talento de todos los provenzales—dijo Carlos Miñón.

—¡Ah! ¿es usted de Provenza?...—exclamó Canalis.

—Dispense usted á mi amigo—dijo La Briere,—no ha estudiado, como yo, la historia de los La Bastie.

Á aquella observación de amigo, Canalis dirigió á Ernesto una profunda mirada.

—Si su salud se lo permite—dijo el provenzal al gran poeta,—reclamo el honor de recibirle esta noche bajo mi techo: será un día digno de señalarse, como decían los antiguos, *albo notada lapillo*. Aunque nos veamos apurados al recibir á una tan grande persona en una casa tan pequeña, satisfará usted la impaciencia de mi hija, cuya admiración por usted llega hasta el punto de poner música á sus versos.

—Tiene usted más que la gloria—dijo Canalis;—pese usted la belleza, á juzgar por lo que dice Ernesto.

—¡Ah! una buena muchacha á la que encontrará usted hecha una provinciana.

—Una provinciana pretendida, según dicen, por el duque de Herouville—exclamó Canalis con tono seco.

—¡Oh!—repuso el señor Miñón con la pérfida sencillez del meridional,—dejo á mi hija libre. Los duques, los príncipes, los simples particulares, todo me es indiferente, hasta un hombre de genio. No quiero comprometerme á nada, y el joven escogido por mí

Modesta será mi yerno, ó, mejor dicho, mi hijo—dijo mirando á La Briere.—¿Qué quiere usted? La señora de La Bastie es alemana, no admite nuestra etiqueta, y me dejó conducir por mis dos mujeres. Siempre he preferido más estar dentro del coche que en el pescante. Podemos hablar de estas cosas riendo, pues aun no hemos visto al duque de Herouville, y creo tanto en los casamientos hechos por procuración como en los novios impuestos por los padres.

—Es esa una declaración tan desesperante como animosa para dos jóvenes que quieren encontrar la piedra filosofal de la dicha en el matrimonio—dijo Canalis.

—¿No cree usted útil, necesario y político estipular la perfecta libertad de los padres, de la hija y de los pretendientes?—preguntó Carlos Miñón.

Canalis, á una mirada de La Briere, guardó silencio, la conversación tornóse insignificante, y, después de algunas vueltas por el jardín, el padre se retiró, contando con la visita de los dos amigos.

—Es nuestra despedida—exclamó Canalis,—y lo has comprendido como yo. Por otra parte, si estuviese yo en su lugar, no dudaría entre el gran escudero y nosotros dos, por encantadores que podamos ser.

—No pienso yo así—respondió La Briere.—Creo que ese bravo soldado ha venido para satisfacer su impaciencia por verte, y para declararnos su neutralidad, al mismo tiempo que nos abría las puertas de su casa. Modesta, enamorada de tu gloria y engañada por mi persona, se encuentra sencillamente entre la poesía y lo positivo. Yo tengo la desgracia de ser lo positivo.

—Germán—dijo Canalis á su ayuda de cámara que fué á quitar el servicio del café,—haz que enganchen. Dentro de media hora saldremos, y queremos pasearnos antes de ir al *Chalet*.

Los dos jóvenes estaban igualmente impacientes por ver á Modesta, y Canalis iba á ella con una confianza llena de fatuidad. El arranque de Ernesto hacia

el padre y la adulación por medio de la cual acababa de acariciar el orgullo nobiliario del negociante haciendo ver la torpeza de Canalis, determinaron á éste á tomar un papel. Melchor resolvió, al mismo tiempo que desplegaba sus seducciones, hacerse el indiferente, parecer desdeñar á Modesta, y picar de este modo el amor propio de la joven. Discípulo de la duquesa de Chaulieu, se mostraba en esto digno de la reputación que tenía de hombre conocedor de las mujeres que no conocía, como sucede á los que son víctimas de una pasión exclusiva. Mientras el pobre Ernesto, confinado en un rincón de la calesa, guardaba un melancólico silencio, abismado en los terrores del verdadero amor y presintiendo la cólera, el desprecio, el desdén y todas las pullas de una joven herida y ofendida, Canalis se preparaba no menos silenciosamente como un actor pronto á representar un papel importante en una pieza nueva. Ciertamente que ni el uno ni el otro parecían dos hombres dichosos. Por otra parte, para Canalis se trataba de intereses graves. Para él, la sola veleidad del matrimonio significaba la ruptura de la seria amistad que le ligaba, bien pronto haría diez años, con la duquesa de Chaulieu. Aunque hubiese dado visos de verdad á su viaje con el pretexto vulgar de sus fatigas, en las que las mujeres no creen nunca, ni aun cuando es verdad, su conciencia le atormentaba un poco; pero la palabra conciencia pareció tan jesuítica á La Briere, que se encogió de hombros, cuando el poeta le confió sus escrúpulos.

—Tu conciencia, amigo mío, me parece sencillamente el temor de perder placeres de vanidad, ventajas positivas y una costumbre, al perder el afecto de la señora de Chaulieu; pues, si tienes buen éxito, renunciarás sin pesar á los insípidos retoños de una pasión demasiado explotada hace ya ocho años. Di que tiembles ante la idea de desagradar á tu protectora, si sabe el motivo de tu permanencia aquí, y te

creeré. Renunciar á la duquesa y no tener éxito en el *Chalet* es jugar demasiado. Tomas el efecto de esta alternativa por remordimiento.

—Tu no sabes nada respecto á sentimientos—dijo Canalis impacientado como hombre á quien dicen la verdad cuando pide un cumplido.

—Eso mismo es lo que un bigamo debería responder á doce jurados—replicó La Briere riendo.

Este epigrama hizo aún una impresión desagradable en Canalis, que encontró á La Briere demasiado listo y libre para ser secretario.

La llegada de una calesa espléndida, guiada por un cochero con la librea de Canalis, causó tanta mayor sensación en el *Chalet* cuanto que esperaban en él á los dos pretendientes todos los personajes de esta historia, menos el duque y Butscha.

—¿Cuál es el poeta?—preguntó la señora Latourneille á Dumay en el antepecho de la ventana donde acababa de colocarse al oír el ruido del coche.

—Ese que va como si fuese un rey—respondió el cajero.

—¡Ah!—dijo la notaria examinando á Melchor que se contoneaba como hombre que es mirado.

Aunque demasiado severa, la apreciación de Dumay, hombre sencillo como no hay otro, es algo justa. Por culpa de la gran dama, que le adulaba excesivamente (como todas las mujeres de más edad que sus adoradores les adularán y mimarán siempre), Canalis era entonces, naturalmente, una especie de Narciso. Una mujer de cierta edad, que quiere atraerse para siempre á un hombre, empieza por divinizar los efectos á fin de hacer imposible toda rivalidad; pues una rival no está de buenas á primeras en el secreto de esta superfina adulación á la cual un hombre se acostumbra bastante fácilmente. Los fatuos, cuando no lo son de nacimiento, son el producto de este trabajo femenino. Canalis, cogido cuando joven por la bella duquesa de Chaulieu, se justificó, pues, á sí mismo sus

afectaciones, diciéndose que agradaban á aquella mujer cuyo gusto hacía ley. Aunque estos matices sean de una excesiva delicadeza, no es imposible indicarlos. Así, pues, Melchor poseía un talento de lectura muy admirado, que demasiados elogios lisonjeros habían llevado á una vía de exageración donde ni el poeta ni el actor se detenían, y que hizo que dijese de él (siempre por Demarsay) que no declamaba, sino que bramaba sus versos, tanto prolongaba los sonidos escuchándose á sí mismo. En el lenguaje que se usa entre bastidores, Canalis *empleaba tiempos un poco larguillos*. Se permitía ojeadas interrogativas á su público, posturas de satisfacción, y recursos de juego llamados por los actores *columpios*, expresión pintoresca como todo lo que crea el pueblo artista. Canalis tuvo, por otra parte, imitadores, y fué jefe de escuela en este género. Este énfasis de melopea había alcanzado ligeramente á su conversación, en la que usaba un tono declamatorio, como se ha visto en su entrevista con Dumay. Una vez llegado á ser el carácter como ultra afectado, las maneras se resintieron de ello. Así es que Canalis había acabado por medir sus pasos, inventar actitudes, mirarse á hurtadillas en los espejos, y hacer concordar sus discursos con las posturas que tomaba. Se preocupaba tanto del efecto que producía, que más de una vez un burlón, Blondet, había apostado, y con éxito, á que lo desconcertaba dirigiendo una mirada obstinada sobre el peinado del poeta, sobre sus botas ó sobre los faldones de la levita. Después de diez años, estas gracias, que comenzaron por tener por pasaporte una juventud floreciente, habían llegado á ser tanto más viejecillas cuanto que Melchor parecía gastado. La vida del gran mundo es tan fatigosa para los hombres como para las mujeres, y acaso los veinte años que la duquesa tenía más que Canalis pesaban sobre él más que sobre ella, pues el mundo la veía siempre hermosa, sin arrugas, sin colorete y sin corazón. ¡Ay de mí! ni los

hombres ni las mujeres tienen ningún amigo que les advierta el momento en que el perfume de su modestia se pone rancio, en que la caricia de su mirada es como una tradición de teatro, en que la expresión de su rostro se cambia en melindre, y en que los artificios de su ingenio dejan percibir sus defectos. Sólo el genio sabe renovarse como la serpiente; y tratándose de gracia como en todo, el corazón es lo único que no envejece nunca. Las personas de corazón son sencillas. Pero Canalis, como ustedes saben ya, tiene el corazón seco. Abusaba de la belleza de su mirada dándole, inoportunamente, la fijeza que la meditación da á los ojos. Finalmente, para él, los elogios eran un comercio con el que quería ganar demasiado. Su modo de cumplimentar, encantador para las gentes superficiales, podía parecer insultante á las gentes delicadas, por su trivialidad, por el aplomo de una adulación en la que se adivinaban sus designios. En efecto, Melchor mentía como un cortesano. Había dicho sin pudor al duque de Chaulieu, que hizo poco efecto en la tribuna cuando se vió obligado á subir á ella como ministro de negocios extranjeros:

—¡Su Excelencia ha estado sublime!

¡Cuántos hombres hubiesen sido curados de sus afectaciones por el mal éxito administrado en pequeñas dosis!... Estos defectos, bastante ligeros en los dorados salones del arrabal Saint-Germain, donde cada uno paga con exactitud su cuota de ridículos, y donde esa especie de jactancia, de afectación ó de tensión, si ustedes quieren, tiene por cuadro un lujo excesivo, tocados suntuosos que acaso son la excusa, debían resaltar enormemente en el fondo de la provincia donde los ridículos pertenecen á un género opuesto. Canalis que violentado y amanerado á la vez, no podía metamorfosearse de ningún modo, había tenido tiempo de enfiarse en el molde en que lo había arrojado la duquesa; y, además, era muy parisiense, ó si ustedes quieren, muy francés. El parisiense se admira de que

todo no sea en todas partes como en París, y el francés como en Francia. El buen gusto consiste en conformarse con las maneras de los extranjeros, sin perder, no obstante, su propio carácter, como hacía Alcibíades, el modelo de los *gentleman*. La verdadera gracia es elástica. Se presta á todas las circunstancias, está en armonía con todos los medios sociales, sabe poner un vestido de tela barato, notable únicamente por la hechura, para salir á la calle, en lugar de las plumas y el ramaje ostentoso que ciertas burguesas pasean. Así que Canalis, aconsejado por una mujer que le amaba más por ella que por él mismo, quería hacer ley, ser en todas partes lo que era. Creía, error de que participan algunos de los grandes hombres de París, llevar su público particular con él.

Mientras que el poeta realizaba en el salón una entrada estudiada, La Briere se deslizó como el perro que teme ser golpeado.

—¡Ah! ¡he aquí á mi soldado!—dijo Canalis al ver á Dumay, después de haber dirigido un cumplimiento á la señora Miñón y saludado á las mujeres.—Ya están calmadas sus inquietudes ¿verdad?—repuso tendiéndole la mano con énfasis;—pero, al aspecto de la señorita, se conciben perfectamente. Hablaba de las criaturas terrestres y no de los ángeles.

Todos, por su actitud, pedían la palabra de este enigma.

—¡Ah! tendré siempre como un triunfo—repuso el poeta comprendiendo que deseaban una explicación—el haber conmovido á uno de los hombres de hierro que Napoleón había sabido encontrar para hacer una base sobre la cual trató de fundar un infierno demasiado colosal para ser durable. ¡Para tales cosas, lo único que puede servir de cimiento es el tiempo! Pero ¿es un triunfo del que debo enorgullecerme? No he contribuído para nada á él. Fué el triunfo de la idea sobre el hecho. Sus batallas, mi querido señor Dumay, sus cargas heroicas, señor conde, en fin la gue-

rra fué la forma que le dió el pensamiento de Napoleón. De todas esas cosas ¿qué queda? la hierba que las cubre no sabe nada, las mieses no dirán el lugar; y, sin el historiador, sin nuestra escritura, el porvenir podría ignorar ese tiempo heroico! ¡De este modo, sus quince años de luchas no son ya más que ideas, y esto es lo que salvará al Imperio, pues los poetas harán un poema! ¡Un país que sabe ganar semejantes batallas debe saber cantarlas!

Canalis se detuvo para recoger, por medio de una mirada arrojada sobre todos los rostros, el tributo de admiración que le debían los provincianos.

—No puede usted imaginarse, señor, lo que siento no poder verle—dijo la señora Miñón,—pues quisiera añadir ese gusto al que experimento oyéndole hablar.

Decidida á encontrar á Canalis sublime, Modesta, vestida como lo estaba el día en que empezó esta historia, permanecía embobada, y había dejado caer su bordado, que no tenía ya en sus dedos más que por la hebra del algodón.

—Modesta, aquí tienes al señor de La Briere. Señor Ernesto, he aquí á mi hija—dijo Carlos encontrando la posición del secretario demasiado humilde.

La joven saludó friamente á Ernesto, dirigiéndole una mirada que debía probar á todo el mundo que la veía por primera vez.

—Dispéñseme usted, señor—le dijo ella sin enrojecer;—la viva admiración que siento por el más grande de nuestros poetas es, á los ojos de mis amigos, una excusa suficiente de no haber visto á nadie más que á él.

Aquella voz fresca y acentuada como la de la tan célebre señorita Mars, encantó al pobre refrendario, deslumbrado ya por la belleza de Modesta, y respondió, en su sorpresa, con una frase sublime, si hubiese sido verdadera:

—Pero ¡si es mi amigo!—dijo.

—Entonces, me ha perdonado usted—repuso ella.

—Soy más que amigo—exclamó Canalis cogiendo á Ernesto por un hombro y apoyándose en él como Alejandro sobre Efestión;—nos queremos como dos hermanos...

La señora Latournelle cortó en redondo la palabra al gran poeta, mostrando Ernesto al notario, y diciéndole:

—¿No es el señor el desconocido que vimos en la iglesia?

—Puede que sí...—replicó Carlos Miñón viendo enrojecer á Ernesto.

Modesta permaneció fría, y volvió á coger su bordado.

—La señora puede tener razón, pues he venido dos veces al Havre—respondió La Briere que se sentó al lado de Dumay.

Canalis, maravillado de la hermosura de Modesta, se equivocó en la admiración que ella expresaba, y vanaglorióse de haber obtenido un éxito completo en sus efectos.

—Creería á un hombre de genio sin corazón, si no tuviese á su lado alguna amistad consagrada—dijo Modesta para continuar la conversación interrumpida por la torpeza de la señora Latournelle.

—Señorita, la abnegación de Ernesto podría hacerme creer que valgo algo—dijo Canalis,—porque este querido Pilades está lleno de talento, pues ha sido la mitad del ministro más grande que hemos tenido desde la paz. Aunque ocupa una magnífica posición, ha consentido en ser mi preceptor político; me enseña los negocios y me nutre de su experiencia, mientras que podía aspirar á los más altos destinos. ¡Oh! vale más que yo...

Á un gesto que hizo Modesta, Melchor dijo con gracia:

—La poesía que yo expreso la tiene él en el corazón; y si hablo así delante de él, es porque tiene la modestia de una religiosa.

—¡Basta, basta!—dijo La Briere que no sabía qué postura tomar;—tienes el aire, querido mío, de una madre que quiere casar á su hija.

—Y ¿cómo, señor, puede usted pensar en llegar á ser un hombre político?—dijo Carlos Miñón dirigiéndose á Canalis.

—Para un poeta, es abdicar—dijo Modesta;—la política es el recurso de los hombres positivos...

—¡Ah! señorita, hoy día la tribuna es el mayor teatro del mundo; ella ha reemplazado la liza de la caballería; será el punto de reunión de todas las inteligencias, como la armada era antaño el de todos los valientes.

Canalis montó en su caballo de batalla, y habló durante diez minutos sobre la vida política:—La poesía era el prefacio del hombre de Estado.—Hoy, el orador llegaba á ser un generalizador sublime, el pastor de las ideas.—Cuando el poeta podía indicar á su país el camino del porvenir ¿cesaba, pues, por eso, de ser el mismo?—Citó á Chateaubriand, pretendiendo que sería un día más considerable por el lado político que por el literario.—La tribuna francesa iba á ser el faro de la humanidad.—Hoy las luchas orales habían reemplazado á las del campo de batalla. Tal sesión de la Cámara valía un Austerlitz, y los oradores se mostraban en ella á la altura de los generales, perdían tanta existencia, valor y fuerza como ellos, y se gastaban tanto en ella como éstos en hacer la guerra.—No era la palabra una de las más espantosas prodigalidades del fluido vital que el hombre podía permitirse? etc., etc.

Esta improvisación, compuesta de las fuentes comunes modernas, pero revestida de expresiones sonoras, de palabras nuevas, y destinada á probar que el barón de Canalis debía ser un día una de las glorias de la tribuna, produjo una profunda impresión en el notario, en Gobenheim y en las señoras Latournelle y Miñón. Modesta estaba como en un espectáculo y en una



actitud entusiasta, absolutamente lo mismo que Ernesto delante de ella; pues si el refrendario sabía todas aquellas frases por corazón, escuchaba por los ojos de la joven y estaba á punto de volverse loco. Para este enamorado verdadero, Modesta acababa de eclipsar á todas las Modestas que él había creado leyendo sus cartas ó contestando á ellas.

Esta visita, cuya duración fué determinada de antemano por Canalis, que no quería dejar tiempo á sus admiradores para enervarse, acabó con una invitación á comer para el lunes siguiente.

—Ya no estaremos en el *Chalet*—dijo el conde de La Bastie,—el cual vuelve á ser la vivienda de Dumay. Tomo posesión de mi antigua casa por medio de un contrato á retroventa, de seis meses de duración, que hace poco firmé con el señor Vilquín, en casa de mi amigo Latournelle...

—Hago votos—dijo Dumay—para que Vilquín no pueda devolverle la suma que acaba usted de prestarle...

—Allí estará usted—añadió Canalis—en una vivienda en armonía con su fortuna...

—Con la fortuna que me suponen—respondió vivamente Carlos Miñón.

—Sería una desgracia—dijo Canalis volviéndose hacia Modesta y haciendo un saludo encantador—que esta madona no tuviese un cuadro digno de sus divinas perfecciones.

Esto fué todo lo que Canalis dijo á Modesta, pues había afectado no mirarla, y conducirse como hombre á quien toda idea de matrimonio estaba prohibida.

—¡Ah! mi querida señora Miñón, ¡tiene mucho talento!—dijo la notaria en el momento en que los dos parisienses hacían chirriar la arena del jardín bajo sus pies.

—¿Es rico? esa es la cuestión—respondió Gobenheim.

Modesta estaba á la ventana, sin perder ni uno solo de los movimientos del gran poeta, y sin tener una mirada para Ernesto de La Briere. Cuando el señor Miñón entró, cuando Modesta, después de haber recibido el último saludo de los dos amigos en el momento en que la calesa se perdió de vista, hubo vuelto á su sitio, se entabló una de esas profundas discusiones como acostumbra á hacer las gentes de provincia sobre las gentes de París, después de la primera entrevista. Gobenheim repitió su frase: «¿Es rico?» al concierto de elogios que ejecutaron la señora Latournelle, Modesta y su madre.

—¿Rico?—respondió Modesta.—Y ¡qué importa! ¿no ve usted que el señor de Canalis es uno de esos hombres destinados á ocupar las más altas plazas del Estado? Tiene más que la fortuna, posee los medios de hacerla.

—Será ministro ó embajador—dijo el señor Miñón.

—Á pesar de todo, los contribuyentes acaso podrían tener que pagar los gastos de su entierro—arguyó el notario.

—Y ¿por qué?—preguntó Carlos Miñón.

—Me parece un hombre capaz de comerse todas las fortunas cuyos medios le sean tan liberalmente concedidos por la señorita Modesta.

—¿Cómo no ha de ser Modesta liberal con un hombre que la trata de madona?—dijo irónicamente Dumay, que permanecía fiel á la repulsión que le había inspirado Canalis.

Gobenheim ponía tanto más empeño en arreglar la partida de wisth, cuanto que, desde la vuelta del señor Miñón, Latournelle y Dumay habían llegado hasta á jugar á dos reales la ficha.

—Vamos, angelito mío—dijo el padre á su hija en el alféizar de la ventana,—confiesa que tu papá piensa en todo. Dentro de ocho días, si das tus órdenes esta noche para que avisen á tu antigua modista de París y á todos tus proveedores, podrás mostrarte con todo el

esplendor de una heredera, y yo tendré tiempo para instalarnos en nuestra casa. Tienes una jaca muy bonita, y piensa en hacerte un vestido de amazona, pues el caballero mayor merece esta atención...

—Tanto más cuanto que tenemos personas á quienes pasear—profrió Modesta, en las mejillas de la cual aparecieron los colores de la salud.

—El secretario—dijo la señora Miñón,—ha hablado bien poco.

—Es medio estúpido—respondió la señora Latournelle.—El poeta ha estado atento con todo el mundo. Ha sabido dar las gracias á Latournelle por sus cuidados en la colocación del pabellón, diciéndome que parecía haber consultado el gusto de una mujer. Y el otro permaneció sombrío como un español, con los ojos fijos, y teniendo el aire de querer comerse á Modesta. Si me hubiese mirado, me habría dado miedo.

—Tiene un timbre de voz muy bonito—añadió la señora Miñón.

—Habrás venido sin duda á tomar informes de la casa Miñón, por cuenta del poeta—dijo Modesta guiñando el ojo á su padre,—pues él es el mismo que vimos en la iglesia.

La señora Dumay y los señores Latournelle aceptaron esta manera de explicar el viaje de Ernesto.

—¿Sabes, Ernesto—exclamó Canalis cuando estuvieron á veinte pasos del *Chalet*,—que no veo en toda la sociedad de París una sola persona en disposición de casarse que pueda ser comparada á esa adorable joven?

—¡Ah! todo está dicho—replicó La Briere con amargura concentrada,—te ama, ó, si así lo quieres, te amaré. Tu gloria ha hecho la mitad del camino. Dentro de poco estará á tu disposición, y volverás allí solo. Modesta me demuestra el más profundo desprecio, y tiene razón, yo no veo por qué me he de condenar al suplicio de ir á admirar, desear y adorar lo que no puedo poseer jamás.

Después de algunas palabras de pésame en las que se traslucía el placer de haber hecho una nueva edición de la frase de César, Canalis dejó ver el deseo que tenía de romper con la duquesa de Chaulieu. La Briere, no pudiendo soportar este diálogo, alegó la dudosa belleza de la noche para cortar por lo sano tan dura conversación, y corrió como un insensato hacia la playa, donde permaneció hasta las diez y media, presa de una especie de demencia, tan pronto andando con paso precipitado y entregándose á monólogos, ó ya permaneciendo de pie ó sentado, sin ver la inquietud en que ponía á dos aduaneros en observación. Después de haber amado la espiritual instrucción y el candor agresivo de Modesta, acababa de unir la adoración de la belleza, es decir, el amor sin razón, el amor inexplicable, á todos los motivos que le habían conducido, diez días antes, á la iglesia del Havre. Volvióse al *Chalet*, donde los perros de los Pirineos ladraron de tal modo al acercarse, que no pudo tener el placer de contemplar las ventanas de Modesta. En amor, todas estas cosas no hacen presumir al amante, como los trabajos cubiertos por la última capa no hacen presumir al pintor; y no obstante son todo el amor, como las penas ocultas son todo el arte; sale un gran pintor y un verdadero amante y la mujer y el público acaban por adorarlo, frecuentemente muy tarde.

—¡Pues bien!—exclamó,—¡permaneceré, sufriré, la veré y la amaré para mí solo, egoístamente! Modesta será mi sol, mi vida, respiraré con su aliento, gozaré con sus alegrías, enflaqueceré con sus penas, aunque sea la mujer de ese egoísta de Canalis.

—¡Eso se llama amar, señor!—dijo una voz que partió de un matorral situado sobre el borde del camino. —¡Vamos! ¿conque todo el mundo ama á la señorita de La Bastie?

Y Butscha se mostró de repente y miró á La Briere. Este comprimó su cólera midiendo de pies á cabeza